

MANDIL DE SOCORRO.

NUEVO SISTEMA

PARA EL LEVANTAMIENTO DE LOS HERIDOS
EN BATALLA.

por el Doctor

DON NICASIO LANDA Y ALVAREZ DE CARVALLO,

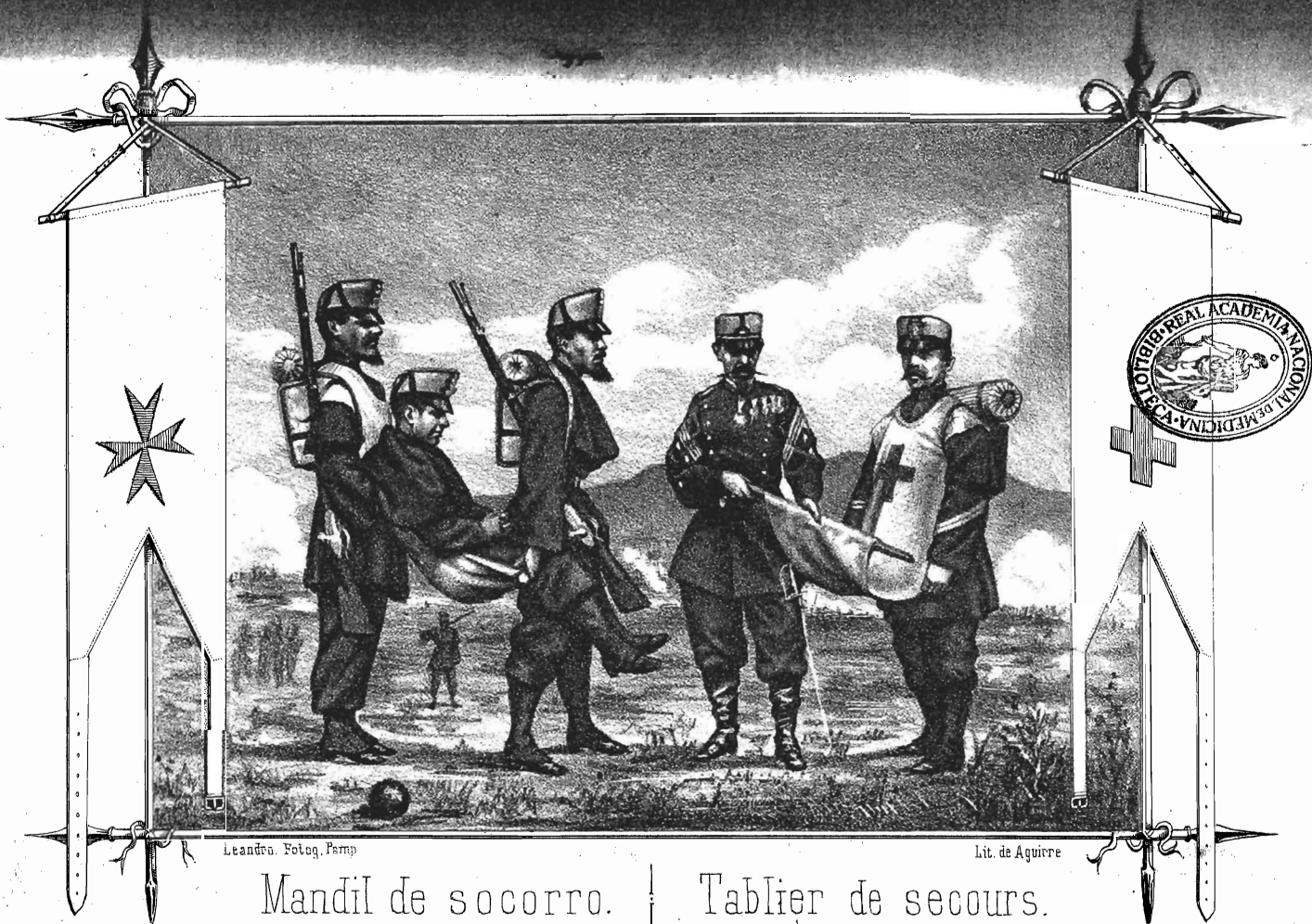
1er. Ayudante Médico del Cuerpo de Sanidad Militar, en el Regimiento Infantería de Castilla; Comendador de la Real Orden Americana de Isabel la Católica; Caballero de la Real y distinguida Orden Española de Carlos III, y del Águila Roja de Prusia; Benemérito de la Patria, condecorado con la medalla militar de África, y con la del Instituto Médico Valenciano; Vocal del Comité Español de la Sociedad Universal de Socorro á los Heridos y Secretario de la Sección de Navarra; Sócio correspondiente de la Real Academia de Medicina, etc..



PAMPLONA. = 1865.

Imprenta de MUÑOZ y SABATER, -Plaza del Castillo, -16.

1020509



Leandro. Fotoq. Pamp

Lit. de Aguirre

Mandil de socorro. | Tablier de secours.



AL
COMITÉ ESPAÑOL
DE LA
SOCIEDAD HOSPITALARIA
INTERNACIONAL
DE
SOGORRO A LOS MILITARES HERIDOS,
A SUS SECCIONES PROVINCIALES.

Nicasio Landa.

I.

DESDE el momento en que un Soldado cae herido al pié de su bandera , conviértese ya en un ser sagrado , á quien por desempeño de la Caridad cristiana y por honra de su Nacion es preciso prodigar toda especie de auxilios y favor : el primero , el que con mas urgencia implora su situacion tristísima, es el de ser alzado del polvo en que yace y retirado á la ambulancia mas cercana , para que allí la ciencia pueda restañar sus heridas y calmar su dolor. Mas á pesar de ser este primer auxilio tan urgente y tan sagrado , todavía su organizacion deja algo que desear así á los que cultivan el arte de la guerra, como á los amantes de la humanidad. Véase la opinion de Mr. Legouest consignada en una obra reciente donde reasume la gran práctica de los Médicos del Ejército francés en Crimea y en Italia.

«El levantamiento de los heridos en el campo de batalla y su transporte á la ambulancia es la parte mas defectuosa del servicio sanitario de campaña.... «Los Médicos militares que han asistido á combates graves, saben que cuando los heridos caen en las filas, no tienen hoy que contar sino con que sus camaradas se los lleven de la manera mas penosa para unos y otros, sobre las espaldas, en brazos, sobre fusiles, en un capote ó en una capa. Los inconvenientes que de aquí resultan son bien conocidos : el soldado deja su puesto, tal vez para no volver en mucho tiempo : casi nunca se limita á lo necesario el número de los que salen á llevar á un compañero y no ha sido raro el ver á cinco ó seis soldados ocupados en llevar á la ambulancia á un hombre levemente herido, que podria andar tan bien como los que le llevaban.»

Y siendo esto así, como no han de suceder las horribles escenas que con tan vivos colores describe el inspirado apóstol de la caridad en la guerra, Mr. Henry Dunant en su afamado *Recuerdo de Solferino*... «Los escuadrones cargan, los caballos pasan al galope destrozando con sus herrados cascos á los muertos y á los moribundos ; á un pobre herido le llevan la mandíbula, á otro le estrellan la cabeza y á otro, que aun hubiera podido salvarse, le hunden las costillas... «Detrás viene á escape la artillería abriendo paso á través de los cadáveres y de los heridos, que revueltos yacen por el suelo : entonces saltan los cerebros, quedan molidos los huesos, empapada en sangre la

«tierra, y cubierta de restos humanos la llanura!...»

Cómo se explica este atraso en el modo de retirar los heridos, cuando tanta perfección se observa cada día en el material sanitario de transporte? Cómo pasan las cosas de este modo, cuando hay carruajes para heridos tan cómodos como los que tienen en Inglaterra, en Hannover y en Carlsruhe, tan elegantes como los que han llevado al Schleswig los Caballeros Prusianos de la orden de San Juan : cuando hay artolas y literas como las francesas, cuando hay camillas tan cómodas como las de ruedas, tan sólidas como las de Anel, tan manuable como la Española ; cuando hay las sillas mochilas de Rodríguez, las hamacas americanas de Hunt, y tantos otros inventos para el transporte de heridos de los SS. Appia, Steiner, Arrault, Joubert, Cantoni, Pirogoff, Neudorfer, &c.

Esta contradicción se explica al considerar que el problema del levantamiento de heridos en batalla, entraña dos exigencias que son de suyo inconciliables : la *comodidad* del herido por una parte, la *rapidez* del transporte por otra. No es posible hallar un aparato que satisfaga por completo á ambas ; porque cuanto se añade á la una es á espensas de la otra : cuanto se gane en *comodidad* se perderá en *rapidez*, como todo lo que se aventaja en *solidez*, faltará de *ligereza*.

No pudiendo conciliarse la *comodidad* con la *celeridad*, hay que optar por una de ellas, y para hacerlo con criterio fijo, conviene dividir este problema, como naturalmente lo está, en dos partes distintas ; considerar como cosas diversas el *levantamiento* de los heridos, y

su *retirada*, comprendiendo en el primero su transporte desde la línea de combate á la ambulancia, y en la segunda el que los ha de llevar desde esta al hospital fijo. Hecha esta division, se vé desde luego, cuan distintas son las exigencias á que se ha de satisfacer en uno ú otro caso : en el primero, la *rapidez* es la condicion á que debe subordinarse todo ; en el segundo, puede prevalecer la *comodidad* : en aquéi han de ser los aparatos tan ligeros, que no requieran hombres especialmente encargados de llevarlos, en este pueden utilizarse los mas complicados, contando con hombres y caballos.

Admitido el principio axiomático de que la *rapidez* es la condicion primordial en el levantamiento de los heridos, veamos si puede cumplirse con los aparatos que hoy están en uso.

Ni los carruajes ni las artolas Hegan á la primera línea de combate ; allí solo se cuenta con las camillas: pero bastan estas para asegurar la rapidez del transporte? no, porque escasas en número como son y serán siempre, solo pueden socorrer á unos pocos mientras que la inmensa mayoría las reclamará en vano.

Para convencerse de que esta escasez persistirá siempre, basta calcular cuantas camillas se necesitan en las grandes batallas de nuestros dias, donde el número de heridos se acrecienta en la proporcion que crecen las masas de combatientes, el alcance de los proyectiles y el uso de la bayoneta.

Vaidy supone que un ejército de 100,000 hombres tendrá en una batalla afortunada 12,000 fuera

de combate : Bertherand calcula que perderá la quinta parte de la fuerza y á veces se pierde hasta la cuarta, como sucedió no ha mucho tiempo en la batalla de Chancellorsville donde el general federal Sedwigck dejó en las alturas de Fredericksburg 5,000 hombres de los 20,000 con que las asaltara. Ateniéndonos al computo mas favorable resulta que se han de llevar doce mil camillas, para cuyo transporte *previo* se requieren 24,000 hombres. Concedamos si se quiere, que cada una pueda utilizarse oportunamente para el transporte sucesivo de tres heridos y podrá reducirse á cuatro mil el número de las camillas y á ocho mil el de sus conductores, á los que se agregarán otros dos mil para cubrir las bajas naturales.

Nos encontramos pues en el siguiente dilema : ó la exigencia absurda de que á cada ejército de cien mil hombres siga una division de diez mil camilleros desarmados, ó la certidumbre cruel de que las tres cuartas partes de los heridos, de que nueve mil valientes, nueve mil ciudadanos, nueve mil cristianos hermanos nuestros se han de revolver en su sangre sin que se haya preparado un modo regular de levantarlos.

Y si las camillas no nos dan una solucion satisfactoria para el problema del levantamiento de los heridos, la encontraremos acaso en los diversos modos que para improvisarlas se han propuesto? Tampoco. Todos ellos se reducen á suplir con lanzas ó fusiles las varas de la camilla y con mochilas, capotes ó camisas el lienzo: pero ello es que ni aquellas armas, ni estas prendas se encuentran disponibles mientras dura el combate : el

soldado que está en fila no puede quitarse el capote ni menos puede dejar la mochila sobre la cual lleva su tienda, su marmita, su racion y su calzado. Es preciso tener en cuenta que el armar estos aparatos es operacion algo prolija y que requiere inteligencia, en una palabra, que exige mucho mas tiempo y mucha mas calma de la que razonablemente puede pedirse á la primera línea de combatientes. Ahora que los cuadros de batallon se forman en veinte segundos, es preciso no invertir la mitad de ese tiempo en arreglar el aparato y alzar al herido.

Reflexionando sobre la índole de estas dificultades viene á deducirse que para obtener el maximum de velocidad en el levantamiento de heridos, es preciso encontrar un aparato que llevando al extremo las condiciones de sencillez, ligereza y baratura pueda hallarse con profusion sobre el campo de batalla, sin que ni un hombre se haya empleado *especialmente* en su transporte, que no requiera tiempo para armarse, y que permita alzar al herido en pocos segundos.

Estudiando el problema en estas condiciones es como he llegado á encontrar la solucion que hoy presento al público, sin pretender que sea ni la única ni la mas acertada.

II.

No hay medio mas rápido de retirar heridos quẽ el de sacarlos no á brazo, sino en brazos. Así lo demuestra lo que hoy sucede en todos los ejércitos, así lo hemos visto hacer á nuestros adversarios en Marruecos con tan buen éxito, que apenas si en toda la campaña nos abandonaron una docena de heridos, á pesar de que siempre perdieron el terreno.

Lo natural, lo instintivo es, que cuando cae un soldado le levanten dos de sus compañeros, tomándole por debajo de los brazos el uno y por las piernas el otro, y así le lleven á la mas próxima ambulancia. Hacer esto mismo regularizándolo de modo que se alivie la carga de los conductores, se aminore la molestia del herido, y se evite el desórden de que con achaque de compasion se aparte de las filas ningun soldado que no deba hacerlo, es lo que me propongo con el MANDIL DE SOCORRO.

Este aparato se reduce á un cuadrilongo de lienzo

fuerte ó de lona , de 62 centímetros de anchura por 110 de longitud : por su lado superior se continua en dos piernas triangulares de 90 centímetros de largo, que cruzando desde los hombros sobre la espalda del portador se atan entre sí por medio de una hebilla sobre la cintura. El cuadrilongo cae por delante á modo de mandil hasta media pierna. En su lado ó borde inferior hay un jareton por donde ha de pasar una vara resistente de 90 centímetros de longitud. Cuando otro portador colocado delante y de espaldas al primero tome con ambas manos estendidas hácia atrás los dos extremos de esa vara, queda constituido un plano inclinado de lienzo semejante á una silla, donde puede acostarse el herido apoyando su cabeza sobre el pecho del primer conductor y dejando colgar las piernas por entre los brazos y el cuerpo del segundo.

Para que este quede con las manos libres, basta una correa que cruzando por detrás de su cuello, y por debajo de los brazos, sujete los extremos de la vara en los anillos con que terminan sus dos puntas. (Véase la lámina).

Este aparato pesa muy poco (una libra ó sean 500 gramos sin el palo y la correa).

Nada estorba á quien lo lleva ni le impide hacer uso de sus armas en tanto que no ha de conducir heridos, y aun entonces puede llevar el fusil ó carabina colgado del hombro: apenas requiere tiempo para armarse, pues instantáneo como el movimiento de envainar un sable es el de pasar la vara por el jareton del Mandil. Es fácil y nada fatigosa la conduccion

del herido, quien vá con toda la comodidad apetecible en casos tales, sin que corra riesgo de caerse aun cuando fuere desmayado, pues le sostienen los brazos del primer conductor. Ninguna herida puede por el solo hecho de esta conduccion agravarse, como no sean algunas fracturas de los miembros inferiores; pero en estos casos que son los menos, se evitará el daño con solo aplicar las gotieras de hojalata en plano inclinado que emplean los Sanitarios Austriacos.

Los portadores del mandil pueden marchar con mas desembarazo y con mas velocidad que los de una camilla, y pasar por las veredas mas angostas. La estremada sencillez de este aparato hace que no pueda descomponerse ni trastornarse: si se pierde la vara será suplida ya por el palo que todo soldado lleva sobre su mochila para armar la tienda, ya por la carabina del herido: si se pierde la correa tirante, puede pasarse sin ella. Este escapulario puede lavarse facilmente, y por último, su reducido precio que en ejemplares aislados no pasa de 12 reales, permite una economía de 95 por ciento sobre el precio de las camillas que hoy se usan. Podria tambien aprovecharse este lienzo para formar tiendas, gergones &c., pero juzgo preferible que cada prenda tenga un solo objeto determinado.

Todavía es posible reducir mas el mínimo peso y volúmen del Mandil, haciéndolo de bramante grueso tejido en forma de red, modificacion que tal vez pudiera presentar economía en la construccion de un gran número de Mandiles.

III.

El modo de funcionar con este aparato debe ser el siguiente:

Es condicion importante para obtener la rapidez, que los encargados de levantar heridos, lleven constantemente puesto el Mandil desde que pueda preeverse un combate, lo cual no les impedirá ejercer cualquiera otra funcion mientras no haya heridos que socorrer, pues si fueren soldados pueden llevar todo su equipo y armamento, prestar su servicio y batirse, sin que les moleste en nada el Mandil cuya falda pueden arrollar á la cintura.

El mismo individuo que viste el Mandil, debe llevar el palo sobre su mochila que le podrá servir tambien para armar su tienda saco, y la correa tirante ceñida á la cintura.

Para levantar un herido, el portador del Mandil debe asociarse á otro individuo á quien dará la correa y ambos obrarán del siguiente modo.

1.º El primer Auxiliar pasará la vara por el jareton de su Mandil y se pondrá con una rodilla en tierra y el cuerpo doblado hácia delante junto á la cabeza del herido : tenderá el Mandil por debajo de la espalda de este con ayuda del segundo Auxiliar , hasta que la cabeza del herido esté junto á su barba y el pliegue de las piernas con los muslos sobre la vara.

2.º El segundo Auxiliar , con el tirante puesto sobre el cuello de atrás á delante , se coloca de espaldas al primero , entre las piernas del herido y en cuclillas , y llevando las manos atrás toma la vara por sus extremos sujetándolos en los lazos del tirante mientras el primer Auxiliar toma con ambas manos el borde exterior de cada lado del Mandil por la mitad de su longitud.

3.º Ambos Auxiliares se levantan á un tiempo, dando la voz el 1.º y quedan en la posicion de firmes, desde la cual rompen la marcha á la ambulancia al paso ordinario.

Si los Auxiliares llevan armas podrán suspenderlas del hombro , siendo mas cómodo para el primero hacerlo al revés de lo que se acostumbra ó sea con la culata atrás , el cañon al frente , la boca del fusil adelante y el portafusil á la espalda.

